

3.2.1. Dom Anselme Le Bail (1878-1956) Abad de Scourmont (1913-1956)

(Artículo aparecido en Collectanea Cisterciensia 63 (2001) 224-233 bajo la firma de D. Armand Veilleux⁴⁵. Reproducido aquí con algunos añadidos y modificaciones para incluirlo en el contexto de este capítulo).

CONTEXTO HISTÓRICO

Los años de 1892 a 1914 fueron años de gran vitalidad espiritual. Fue la época de grandes conversiones en el mundo de las letras: Verlaine, Bloy, Huysmans, Claudel, Péguy, Psichari, Massignon. Fueron también los años en los que Bergson, en el Colegio de Francia, redescubrió el conocimiento amoroso de los místicos y donde Blondel, retornando al paso de la ontología agustiniana, enseñaba que la deificación era la trascendencia lógica de toda acción humana.

En este mismo período, algunos grandes abades marcaron profundamente la orientación de nuestra Orden, redescubriendo, si no el espíritu auténticamente cisterciense, al menos la dimensión espiritual e incluso contemplativa de la vida monástica. Hemos presentado algunos de ellos en los capítulos precedentes, principalmente dom Lehodey (§ 2.4.1.) y dom Chautard (§ 2.4.2.), que estuvieron personalmente implicados en un movimiento de fundaciones en países lejanos, el cual anunciaba la gran expansión de nuestra Orden algunos años más tarde. Sin embargo, si estos grandes maestros se habían nutrido de una lectura personal de la Regla de San Benito y tenían un cierto conocimiento de San Bernardo, su contacto con la tradición propiamente cisterciense era limitada.

Entre las dos Guerras Mundiales hubo, no solamente un período de gran crecimiento numérico de la Orden, sino también aquel en el que se redescubrió el espíritu cisterciense y toda la riqueza espiritual de los grandes maestros de la espiritualidad cisterciense, comenzando por el abad de Claraval. Desde este punto de vista, nadie tuvo más influencia sobre la Orden que dom Anselme Le Bail y todo el movimiento – espiritual primero e intelectual después – que él suscitó.

FORMACIÓN

Emmanuel Le Bail nació el 31 de diciembre de 1878, en una Bretaña que daría a la Orden dos Abades Generales: dom Ollitrault de Kéryvallon y dom Dominique Nogues. Su madre murió dos años más tarde, trayendo al mundo a un niño que

⁴⁵ D. Armand Veilleux es abad de Scourmont desde 1999, después de haber sido abad de Mistassini (Canadá) de 1969 a 1976, de Conyers (USA) desde 1984 a 1990 y Procurador de la Orden desde 1990 a 1998.

no sobrevivirá. Privado de la ternura de una madre, no se vió, sin embargo, privado de afecto. Después de la escuela primaria, comenzó sus “humanidades” greco-latinas en el seminario menor de Sta. Ana de Auray, en 1892. Seis años más tarde, queriendo ser misionero, solicitó su admisión en el noviciado de los padres espirituanos. Vistió la sotana el 29 de septiembre de 1898 y emitió sus primeros votos, por tres años, el 10 de octubre de 1899. Pero debió hacer entonces el servicio militar y fue llamado para servir en Lorient, en su Bretaña natal. Cuando regresó, reemprendió sus estudios de filosofía en el escolasticado de Chevilly, en la región de París, pasando un examen en la Sorbona, y después, los estudios de teología. Recibió las órdenes menores en julio de 1903; tres meses más tarde, debiendo renovar sus votos por un período de cinco años y prepararse para el subdiaconado, duda. El 26 de enero de 1904, por causa de sus dudas, el Superior General, Mons. Leroy, le despide de la Congregación. Después de un retiro en Timadeuc, decide ir a Scourmont, sin decir siquiera adiós a su familia. ¿Será su espíritu misionero de ir a lejanas tierras el motivo por el que prefirió ir a Bélgica en vez de quedarse en Bretaña? No lo sabremos jamás.

Llamó a la puerta de Scourmont, el 21 de mayo de 1904, a la edad de 26 años y fue admitido al noviciado con el nombre de Fr. Anselme. Su maestro de novicios fue el Padre Alphonse Bernigaud, que ejerció esta función hasta el 1907. Éste tuvo, en 1905, la idea, original en la época, de utilizar la Regla de san Benito como manual de formación. No teniendo él mismo un gran conocimiento, decidió que los novicios trabajaran sobre la Regla. Fr. Anselme quedó seducido por la Regla e hizo sus “deberes” con gran ardor. Llenó un gran cuaderno terminado el 10 de mayo de 1906. Llegó a hacer una gran síntesis que no dejará de desarrollar después a lo largo de su vida de monje y de abad.

Fue ordenado sacerdote el 24 de agosto de 1909. Su abad dom, Norbert Sauvage, que había percibido los talentos innatos del P. Anselme como formador, le nombró maestro de conversos y también de novicios conversos (el noviciado era entonces distinto del de los novicios coristas). Les enseñó no solamente la Regla, sino también liturgia, que había llegado a ser uno de los principales alimentos de su vida espiritual. Nadie, en aquella época, habría pensado enseñar liturgia a los conversos, que no fuera entendida como mero curso de rúbricas. El joven P. Anselme les explicaba los ciclos litúrgicos, a la manera de dom Guéranger y el sacrificio de la misa. El compuso, a tal fin, un pequeño trabajo titulado “*El Oficio divino de los hermanos conversos cistercienses*” (1910), donde presentaba el Oficio de padrenuestros y avemarías como verdadera “oración de la Iglesia”.

En 1911, fue nombrado maestro de novicios coristas. Retoma entonces sus notas del noviciado e inicia una exposición completa de la doctrina de san Benito a partir del texto mismo de la Regla. En una época en la que casi todo el mundo, incluidos

los monasterios, utilizaba el manual del P. Rodríguez para la formación religiosa, Anselme Le Bail adopta la Regla como manual de formación del monje. Les forma también en la liturgia, en la oración contemplativa y en la vida interior. Dom Godfroid Bélorgey, que fue novicio suyo durante la segunda parte de su noviciado, se gozará en decir que él debe toda su formación monástica, toda su doctrina y su gran atractivo por la oración y la vida interior a dom Anselme Le Bail.

Durante sus dos años como maestro de novicios, puso a punto un programa completo del noviciado y redactó dos artículos sobre “La Regla de san Benito, manual de espiritualidad” y “La Liturgia en la formación de los novicios”, que fueron presentados por dom Norbert Sauvage al Capítulo General de 1913, durante el retiro de superiores en Cîteaux.

Pero este Capítulo General de 1913 eligió a dom Norbert como Procurador de la Orden, lo que le llevó a dar su dimisión como abad de Scourmont. El 4 de octubre de 1913, dom Anselme fue llamado a sucederle en el cargo abacial.

LAS DIFÍCILES CIRCUNSTANCIAS DE SU ABADIATO

Para apreciar bien lo que Anselme Le Bail pudo realizar en su comunidad de Scourmont y en toda la Orden, es necesario tener en la memoria las circunstancias difíciles en las que él tuvo que ejercer su servicio abacial.

Recién elegido abad, fue movilizadado antes de un año, para servir como capellán militar durante la Primera Guerra Mundial, hasta abril de 1919. Durante todo este período, permaneció constantemente en contacto con los miembros de su comunidad, de la que varios servían también en el ejército; él continuaba su formación a través de una revista que publicaba regularmente bajo el título “*El monje soldado*”. Dos años después de su retorno a Scourmont, la Orden le confió una misión muy difícil en el Congo, donde la abadía de Westmalle había fundado en 1894 el monasterio de Bamanía, que, más que un monasterio cisterciense, se convirtió gradualmente en una Congregación misionera. Esta misión le ocupó un año ⁴⁶.

Presente o ausente de Scourmont, Anselme Le Bail era el alma de su comunidad, que no cesaba de desarrollarse durante todo este período, en la línea espiritual que le trazaba su abad, fiel a su divisa: “*Abba Pater*”. Bajo su dirección, la comunidad de Scourmont desarrollaba un espíritu propio, que, al mismo tiempo, suscitaba admiración y desconfianza en la Orden. Si bien es cierto que el Capítulo General utilizaba en gran manera los talentos y la experiencia de dom Anselme, no dejó de asestarle, de vez en cuando, algún golpe de báculo. En el Capítulo de 1930 se le prohibió formalmente predicar retiros fuera de los monasterios cister-

46 Cf. § 3.1.1., el párrafo dedicado a esta fundación del Congo.

cienses, – había predicado en diversos monasterios benedictinos – y se le prohibió, igualmente, ausentarse más de 24 horas de su monasterio sin el permiso escrito, renovado para cada viaje, de su Padre Inmediato. En 1937 se le ordena quitar los lavabos que había hecho poner en las celdas del dormitorio “contra la tradición de la Orden”. Pero, en general, prevaleció la confianza. Fue también pieza clave en todas las comisiones que creó el Capítulo General con el paso de los años. En 1920, fue miembro de la comisión encargada de ayudar al definitorio a poner las Constituciones en consonancia con el Derecho Canónico. A partir de 1922 fue por largo tiempo miembro de la comisión de arquitectura, que debía aprobar los proyectos de construcción en la Orden. En 1922 fue miembro de la comisión encargada de encontrar la solución final a la cuestión de la fundación de Westmalle en el Congo. En 1933, fue miembro de la comisión especial para *Collectanea*, que llevaba muy a pecho y de la que se puede decir, con verdad, que fue el padre. A partir de 1932 fue secretario de la comisión de Liturgia y en 1937 fue miembro de una comisión encargada de revisar los Usos de las monjas.

Con el tiempo, el número de monjes crecía en Scourmont y D. Anselme pensó en una fundación. Hizo un viaje a España en 1926 para buscar un lugar propicio que no llegó a encontrar. Pero en 1928 aceptó retomar Caldey, isla monástica desde el siglo sexto, que debió abandonar una comunidad monástica anglicana convertida al catolicismo. Dom Anselme condujo allí al grupo de fundadores en enero de 1929⁴⁷.

Después vino la Segunda Guerra Mundial. En 1939, luego de la declaración de guerra de Inglaterra y Francia contra Alemania, veinticuatro monjes fueron movilizados. En mayo de 1940, después de la invasión de Bélgica y del fracaso de las hostilidades en el frente oeste, fueron movilizados todos los religiosos con menos de treinta y cinco años de edad. Dom Anselme permaneció estoicamente en su sitio con cerca de un tercio de la comunidad que, finalmente, debió abandonar el monasterio, ocupado por los Alemanes hasta el fin de la guerra. De nuevo lanzó su revista “*El monje soldado*”, para continuar su actividad pastoral cerca de los monjes que estaban en el frente.

Justamente antes de la Segunda Guerra Mundial, dom Anselme Le Bail había percibido la necesidad de toda la Orden de abrirse al diálogo con las tradiciones religiosas no cristianas del Extremo Oriente, en relación con las iniciativas de los PP. Le Saux y Monchanin. Este último, preparándose para ir a Las Indias, había venido a dar una conferencia a la comunidad de Scourmont en el otoño de 1938. Dom Anselme había hablado largamente con él, invitando al P. Albert Derzelle a unirse a este diálogo. Se pusieron de acuerdo en que el P. Albert se encontraría con

47 Cf. § 3.1.1, el párrafo dedicado a la gestión para la Orden del monasterio anglicano.

Monchanin en Tamil Nadu al año siguiente, después de seis meses de sánscrito en París, para ayudarle a preparar una fundación monástica. Siendo británica la isla de Caldey, D. Anselme había pensado en ella como una etapa hacia una fundación en la India; pero la guerra puso fin a ese proyecto que, en alguna manera, fue suplantado, en los años 1950, por la gran oleada de fundaciones en Africa, fundando Scourmont la comunidad de Mokoto. Pero un discípulo de dom Anselme, el P. Francis Mahieu (Acharya), que entró en Scourmont precisamente en vistas a una fundación en la India, realizó por su cuenta dicha fundación que, como D. Anselme lo había previsto, tuvo que hacerse fuera de la Orden. Finalmente fue incorporada a la Orden en 1998, y así se cerró el círculo.

Todas estas actividades no impedirían a D. Anselme publicar, desde 1924, *La Orden de Cister – La Trapa*, en Ediciones Letouzey-Ané, así como muchos artículos sobre espiritualidad cisterciense, entre ellos el artículo más importante sobre san Bernardo en el *Diccionario de Espiritualidad*.

ANTE TODO... UN FORMADOR

Esta actividad, tan importante para la Orden, era secundaria para dom Anselme Le Bail. Por otra parte, no era más que una especie de reflejo al exterior de su acción en el seno de la propia comunidad. Él se sentía el “padre” de la misma, en el sentido más conforme posible a la gran tradición cristiana. El era, ante todo, un eminente formador, siempre cuidadoso de hacer nacer y crecer a Cristo en la comunidad y en cada uno de sus miembros.

En una relación inédita sobre *La formación en Scourmont*, en el capítulo consagrado al período de dom Anselme Le Bail, el P. Colomban Bock enumera las siguientes características del abadiato de dom Anselme:

- 1 Retorno a la espiritualidad benedictina y cisterciense mediante la enseñanza de la Regla de san Benito.
- 2 Retorno a la pureza del ideal monástico del primer Cister mediante la enseñanza de la espiritualidad cisterciense.
- 3 Reforma de los estudios e introducción de un humanismo monástico.
- 4 Restauración de la liturgia mediante la enseñanza del espíritu de la liturgia y el estudio de la liturgia cisterciense.
- 5 Institución de un programa de formación monástica y sacerdotal.
- 6 Instauración de una biblioteca monástica adaptada a esos diferentes objetivos.
- 7 Constitución de maestros espirituales y de un cuerpo de profesores cualificados.
- 8 Introducción del equilibrio entre las exigencias de la obediencia y la santa libertad de los hijos de Dios.

- 9 Llamada al sentido de la responsabilidad personal, respeto de la personalidad y estímulo de las iniciativas individuales.

LA FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD

Durante los años de la Primera Guerra Mundial, se sucedieron diversos padres maestros. Después, dom Anselme nombró para esta función al P. Godefroid Belorgey, que estuvo en el cargo desde 1919 a 1928. Con ese tándem extraordinario, fueron unos años de oro para la formación en Scourmont. Dom Anselme continuaba ocupándose activamente de la formación de los novicios, como del resto de la comunidad. Él, después de la Regla y la liturgia, había “descubierto” los Padres Cistercienses, y en particular, san Bernardo. Además, a partir de 1923, inauguró un curso de espiritualidad cisterciense y dio él mismo una exposición de una hora, cada semana, a los novicios. En adelante, su gran preocupación fue, sin embargo, la formación monástica del conjunto de la comunidad.

La expresión “humanismo monástico”⁴⁸ expresa muy bien la actitud y la aspiración de dom Anselme. Quería hacer de todos los monjes de su comunidad, hombres capaces de conducirse como adultos, preocupados por desarrollar su personalidad. Quería enseñarles el arte de la reflexión, habituarles a pensar por ellos mismos, penetrar el sentido de la vida cristiana y monástica y las exigencias de su estado. Quería que ellos abrazaran libremente la rectitud de vida; no por temor, sino con toda libertad, por amor de Dios. Quería ser el abad que enseña, anima y esclarece, y no el gendarme que vigila y corrige.

Su enseñanza estaba enraizada en la tradición, de modo particular, la tradición cisterciense, por la que sentía un profundo respeto. Pero eso no le impedía repensar constantemente la tradición, de poner las cuestiones bajo una mirada nueva, de estimular la curiosidad intelectual y el trabajo personal. Su gran rigor intelectual le obligaba a analizar a fondo y en todos los detalles una cuestión o una situación antes de comenzar a evaluar en ella los diversos elementos y a construir una síntesis. Igualmente, se esforzaba por desarrollar, entre los monjes de su comunidad, un gran sentido crítico. Envió a bastantes de ellos a graduarse en estudios universitarios: en Sagrada Escritura, en teología y en derecho canónico. No se trataba, en modo alguno, de puro intelectualismo, sino, más bien, del establecimiento de una base sobre la que poder construir una vida espiritual luminosa y alegre.

El estudiaba a fondo todas las cuestiones que abordaba. Así, comentando la Regla durante unos treinta años en sus capítulos diarios, pasó dos años y medio

⁴⁸ Expresión usada por el padre Colomban Bock, véase más arriba.

con el capítulo VII, y mucho tiempo también con el tema de la oración. Sus sermones para las profesiones solemnes de monjes (no se hablaba de homilías en aquella época) son verdaderos tratados de espiritualidad y toman fácilmente como punto de partida una cuestión de actualidad. Así es como en 1940, unos días antes de la invasión de Bélgica, definió públicamente, con ocasión de una profesión solemne, la línea de conducta a seguir en caso de guerra. El sermón que pronunció cuando la comunidad fue expulsada de Scourmont en 1942, sin saber si ella podría retornar, es una verdadera obra maestra.

Una formación intelectual seria es imposible sin una buena biblioteca. Dom Anselme dedicó muchos esfuerzos a la creación de una de las más bellas bibliotecas monásticas de la Orden, que contó con todas las grandes colecciones, como la de Patrología griega y de Patrología latina; la colección de los Concilios de Mansi; los grandes diccionarios, como el de Espiritualidad; las *Acta Sanctorum* de los Bollandistas. Sabiendo hacerse ayudar en este campo, como en todos los otros, confió la constitución de diversos sectores de la biblioteca a varias personas competentes: El P. José Canivez montó la sección de derecho canónico; el de Sagrada Escritura dependía del P. Alphonse Bernigaud y del P. Benoît Attout; el de filosofía dependía del P. Ignace Van Vlasselaer y el de teología del P. Thomas Litt.

Dom Anselme estimuló la publicación de las obras de los religiosos más competentes, en particular la de las *Acta Capituli Generalis* del P. Canivez, una obra básica utilizada después por todos los historiadores de la Orden, que todavía no ha sido reemplazada, a pesar que es un poco vieja.

Desde 1923, dom Anselme había imaginado y propuesto la publicación de una colección de escritos de los autores cistercienses desde los primeros siglos de la Orden. Él había hecho un plan detallado y preciso de lo que sería un cuerpo cisterciense completo, del que numerosos elementos no fueron siempre publicados. Lo único que se asemeja en nuestros días a su proyecto es la gran colección de *Cistercian Fathers* publicada después de treinta años por *Cistercian Publications*, una editorial creada por la Conferencia Regional cisterciense de Estados Unidos; y la colección *Pain de Cîteaux* iniciada por el P. Robert Thomas⁴⁹. Este proyecto se presentó al Capítulo General de 1924, pero no fue aceptado, al ser considerado entonces como demasiado intelectual. La revista *Collectanea*, cuya publicación fue aprobada diez años más tarde en el Capítulo General de 1933, constituyó, en cierta manera, una solución de repliegue. Gracias a su primer redactor en jefe, el P. Camille Hontoir, monje de Scourmont y a toda la atención que le prestó el mismo

49 La gran colección de *Sources Chrétiennes* incluyó en su programa, a iniciativa de los monjes de Francia, la publicación de obras de la Edad Media Cisterciense. En 1990 ha sido terminada la traducción completa de las obras de san Bernardo.

dom Le Bail, la revista sirvió, ya desde el punto de partida, para hacer conocer los Padres Cistercienses y estimular el gusto de leerles.

Una información tan breve sobre la actividad formadora de dom Anselme Le Bail no sería completa si no se mencionara su actividad infatigable en la formación de las monjas, en los monasterios que él tenía a su cargo: Soleilmont y Nuestra Señora de la Paz. Se ocupó personalmente del traslado de esta última comunidad de Fourbechies a Chimay, en 1919. Y entre 1928 y 1937, se ocupó de la formación de las cincuenta jóvenes que dom Simon Dubuisson, abad de Tilburg y antiguo monje de Scourmont, envió a Chimay para formarse. Partieron todas juntas el 15 de julio de 1937 para fundar Berkel, en los Países Bajos. Predicó, además, numerosos retiros en otros monasterios de monjas.

Durante los últimos años de su vida, pasados en silla de ruedas, después de un accidente cerebral, continuó formando a su comunidad con su presencia silenciosa y orante, incluso cuando el cuidado de la comunidad había sido confiado a un administrador apostólico, dom Gueric Baudet, que llegó a ser su sucesor en 1956.

LA HERENCIA DE DOM ANSELME LE BAIL

En Scourmont, la presencia y la influencia de dom Anselme se perciben en todos los rincones del claustro. ¿Pero cual fue su influencia en la Orden?

A él la Orden le debe todo el movimiento y redescubrimiento de nuestros Padres Cistercienses a lo largo de los tres últimos cuartos del siglo xx. Sin embargo, se puede preguntar si este movimiento ha conservado siempre la orientación que dom Anselme le había dado y el espíritu que le había infundido. Don Anselme había sabido conjugar un gran rigor científico con similar libertad espiritual y un profundo espíritu de oración. No se puede decir que las sesiones de estudio sobre nuestros Padres cistercienses, que no cesaron de multiplicarse a lo largo de unos cuarenta de años, hayan tenido siempre las mismas características. En nuestros días, los escritos de los autores del siglo xii son fácilmente utilizados como *lectio divina*, frecuentemente sin el esfuerzo previo que permitiría entender su verdadero sentido. Esto llevó a utilizar dichos textos, un poco esotéricos para un lector moderno, a fin de suscitar en él sentimientos religiosos agradables. Además, si los escritos de algunos de nuestros Padres han conocido ediciones críticas de un sólido valor científico, no todas las publicaciones sobre los autores cistercienses tienen el mismo rigor; una buena parte revela, más que nada, un tipo de *fervorín*, que habría desagradado a dom Anselme en gran manera.

El método de dom Anselme era diferente y mucho más exigente. La primera etapa era un análisis tan serio -e incluso técnico- como exigente, del texto, a fin de percibir el mensaje del autor, colocándolo en su contexto histórico y espiritual.

La segunda etapa consistía en un esfuerzo de reflexión personal y de asimilación de su mensaje, en una actitud de oración. Finalmente, la tercera etapa consistía, no en una inculturación en el pasado (gran tentación de la formación monástica de hoy), sino en asimilar la savia espiritual recibida a través del contacto con los Padres cistercienses para reinventar sin cesar una espiritualidad cisterciense enraizada (hoy se diría inculturada) en el mundo en que vivimos. Los capítulos de dom Anselme, con ocasión de las profesiones solemnes, son bellos ejemplos de una doctrina monástica sólidamente enraizada en la tradición, pero también son la manifestación de un espíritu muy libre, que sabe y se atreve a repensar continuamente esta tradición en función del contexto inmediato de la vida.

Dom Anselme Le Bail no publicó muchas cosas. Sin embargo, escribió abundantemente, no en vistas a publicaciones ulteriores, sino para asimilar a la vez todo lo que él había aprendido de la Regla y de los Padres; y para preparar su enseñanza a la comunidad de Scourmont. Si no dudó en escribir el artículo del *Diccionario de Espiritualidad* sobre san Bernardo, en una época en la que él mismo era muy poco conocido, y algunos otros estudios sobre la vida cisterciense, él jamás se reconoció con vocación de escritor. Era, sobre todo, un formador. Toda su actividad estaba orientada a la formación de los monjes de la comunidad, que él quería como hombres adultos, impregnados del Evangelio, de la Regla de san Benito y de los Padres Cistercienses, que viven libre y lucidamente en el mundo de hoy la tradición recibida.

BIBLIOGRAFÍA (Por orden cronológico)

- *La Règle de saint Benoît. Manuel de vie spirituelle*, en *Compte-rendu de la retraite des Supérieurs à Cîteaux*, Westmalle, 1914, pp. 16-42.
- *Formation du moine à la liturgie*, en *Compte-rendu...*, o. cit., pp. 92-115.
- *Les Trappistines*, Scourmont, 1924, librito en -12,16 pp.
- *Mémoire sur la publication d'une Collection cistercienne*, 1925, 10 pp.
- *La spiritualité cistercienne*, en *Les cahiers du cercle thomiste féminin*, 1927, pp. 388-413; 463-491.
- *L'influence de saint Bernard sur les auteurs spirituels de son temps*, en *Saint Bernard et son temps*, t.I, Dijon, 1929, pp. 205-215.
- *La Règle de saint Benoît dans l'Ordre de Cîteaux*, en *Revue liturgique et monastique*, Maredsous, 1929, pp. 134-154.
- *Saint Bernard, docteur de la vie liturgique*, en *Revue liturgique et monastique*, Maredsous, 1930, pp. 26-35.
- *Saint Bernard, docteur de la dévotion à Notre Seigneur Jésus Christ*, Gembloux, 1931, librito en-12, 53 pp.
- *Note sur l'excommunication dans l'Ordre de Cîteaux*, Scourmont, 1934.
- *Ordo commendationis animae*, en *Actes de la Commission de liturgie*, Westmalle, 1937, pp. 1-3.
- *Benedictionale ad usum monachorum*, dans *Actes...*, o. cit., pp. 15-27.
- *Cérémonial de la manière de recevoir les Sœurs*, Westmalle, 1937.
- *Coeremoniale Abbatum*, Westmalle, 1939.
- *L'Ordre de Cîteaux. La Trappe*, Paris, Letouzey, 1924; 17^e edición, 1947.
- *Les exercices spirituels de saint Benoît dans l'Ordre de Cîteaux*, en *Revue d'Ascétique et de Mystique*, Mélanges Marcel Viller, Toulouse, 1949, pp. 164-173.

COLABORACIÓN en *Dictionnaire de Spiritualité*:

Adam de Perseigne, t. 1, col. 198-201.

Aelred de Rielvaux, t. 1, col. 225-234.

Bernard de Clairvaux, t. 1, col. 1454-1499.

COLABORACIÓN en *Collectanea*:

La bibliographie de saint Etienne Harding, 1.1, 1934, pp. 56-64.

La célébration du VIII^e centenaire de la mort de saint Etienne Harding, t. 1, 1934, pp. 154-158.

Introduction au VIII^e centenaire de la mort de saint Bernard, t. VIII, 1946, pp. 91-97.

La paternité de saint Benoît dans l'Ordre de Cîteaux, t. IX, 1947, pp. 110-130.

3.2.2. Dom Edmond Obrecht y Dom Frederic Dunne Abades de Getsemaní (USA)

DOM EDMOND OBRECHT

Reproducimos aquí las páginas que Thomas Merton dedica a dom Obrecht y a su sucesor, en Las aguas de Siloé. Hemos agregado solamente: primero un párrafo para precisar algunas fechas del inicio de la vida monástica de dom Obrecht; luego, las misiones que desempeñó en el sur de África y en Asia; se han hecho precisiones de fechas y de nombres.

Dom Edmond nació el 13 de noviembre de 1852 en Alsacia en la villa de Stotzheim, donde nacerá igualmente, veinte años más tarde, uno de sus primos, el futuro dom Fabián Dutter. Siendo seminarista, pidió su entrada en la abadía de la Gran Trapa, donde fue admitido como novicio en febrero de 1875 y donde emitió sus votos simples el 19 de marzo de 1877, recibiendo poco después las órdenes menores. Después de una estancia en Aiguebelle, fue ordenado sacerdote en la Trapa el 19 de septiembre de 1879. El joven primo, de siete años, que participó en su primera Misa, sin duda recogió en aquel momento los primeros gérmenes de su futura vocación. El P. Edmond fue enviado pronto a ayudar a Tre Fontane, fundación de la Trapa. Fue allí donde él pronunció sus votos solemnes, el 28 de mayo de 1882. Aseguró un servicio a la Procuraduría de su Congregación en Roma, antes de volver a Tre Fontane, en 1888. Desde allí fue enviado, diez años más tarde, a Getsemaní, para ejercer el servicio de superior, en un momento de los más sombríos de la historia de esta comunidad americana, compuesta por dos tercios de hermanos conversos.

Dom Edmond poseía las cualidades que reclamaba su nueva tarea. (...) Sabía lo que significaban la Regla y la espiritualidad de la Orden, y conocía el derecho ca-